

ESPAÑA, BISAGRA VIVA ENTRE DOS MUNDOS

SPAIN, ACTIVE BRIDGE BETWEEN TWO WORLDS

Juan José Santander*

[Recibido: 10/03/2014 – Aceptado: 07/08/2014]

Si contemplamos el conjunto del planeta, observaremos que los países, además de agruparse en continentes, se hallan contiguos o alejados por distintos accidentes geográficos, que históricamente constituyeron durante largos períodos separaciones más o menos insalvables y contribuyeron a delinear, en muchos casos, las actuales fronteras.

Dentro de este mosaico, diseñado por las acciones de los hombres y por sus migraciones, pacíficas o de conquista o de colonización, los diferentes Estados se reconocen, entre otros rasgos, por una comunidad de lenguaje, aun cuando en el interior de uno de ellos se hable más de una lengua, más allá de las variaciones dialectales de un mismo idioma. Además, suele predominar, junto con la lengua, un conjunto de pautas culturales que incorpora la religión, o una predominante, y –también en rasgos generales– cierto fenotipo racial, muchas veces producto de mestizajes.

Dentro de ese conjunto global, hay grupos que, por las características señaladas en el párrafo anterior, tienen similitudes y afinidades entre sus miembros. A pesar de ello, no todos esos grupos se perciben e identifican a sí mismos como tales y abarcan dimensiones continentales compartiendo, sobre un acervo cultural y lingüístico común, procesos históricos de los que se derivan sus identidades actuales.

Así, aunque hay una francofonía, varios países de hablas eslavas, y algunos menos, pero grandes, angloparlantes, nada hay parecido en esos ámbi-

* Diplomático argentino retirado, con una extensa trayectoria en diversos países árabes y en la Dirección de África del Norte y Medio Oriente del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto. Actualmente se desempeña como profesor invitado en la Maestría en Diversidad Cultural de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

tos a la sensación viva de «hermandad» latinoamericana o iberoamericana, o a la «umma» árabe que, recuérdese, es la «matría» como contracara a la «patria» latina –y dejémoslo ahí en cuanto a la postergación presunta de lo femenino en el mundo árabe musulmán-.

Nos referimos a sentimientos y percepciones más profundos y de otra índole que las alianzas o la comunidad de intereses entre Estados: se trata de pertenecer, como se pertenece a una familia, independientemente de cómo se lleve uno con cada uno de sus miembros.

Dos ejemplos palpables los tenemos en, para el caso latinoamericano, las reacciones de los demás países del continente a la guerra de Malvinas; para el árabe, en la permanente vigencia y solidaridad que tiene y recibe la cuestión palestina en la opinión pública de los países, no solo árabes sino también musulmanes. Y no es el único caso: Afganistán -antes y ahora-, Iraq y, en su momento, Bosnia.

No hay nada parecido en otros ámbitos, incluso tomando en cuenta las alianzas e intereses comunes referidos.

El mundo iberoamericano, que comprende dos lenguas, el castellano y el portugués, además de extenderse desde el Río Grande en la frontera entre México y EEUU al Norte hasta Tierra del Fuego y la Antártida al Sur, comprende en África países como Guinea Ecuatorial, Angola, Mozambique, Cabo Verde o regiones como el Norte y el Sur de Marruecos, donde se habla castellano por la colonización española; la diáspora sefardí –que conserva una forma de castellano antiguo-, algunos enclaves de portugués en el Asia meridional, Timor Occidental y Filipinas, donde la lengua española fue de uso oficial hasta 1987 y mucha gente aún la habla.

El mundo árabe se extiende desde el Atlántico hasta Medio Oriente; si incluimos su proyección en el ámbito musulmán, hasta el Mar de la China y más allá, de lo que dan testimonio los llamados «moros» de Filipinas.

Como se ve, entre ambos cubren una porción importante del planeta y, si sumamos, como se debe, a España y Portugal, tienen sus puntos de contacto entre la Península Ibérica y el extremo occidental, valga la redundancia, del Mágreb, u Occidente, Árabe, y vuelven a tocarse en los confines de Filipinas.

Por lo demás, la prolongada presencia y convivencia árabe en la Península –ocho siglos- dejó en las lenguas de España y Portugal una huella que fue más allá de la adopción de vocablos, llegando hasta «hasta», preposición semítica introducida así en el caudal de las lenguas latinas indoeuropeas, del que ambas forman parte.

Lo destaco porque las preposiciones configuran lo más íntimo de un idioma, y no es frecuente su intercambio –como sí acontece con el vocabulario-, mucho menos entre lenguajes de estructuras originales distintas, como es el caso de los semíticos y los indoeuropeos.

Por otra parte, esa diáspora sefardí, muchos de cuyos descendientes viven hoy en el Estado de Israel, se ve reforzada en ese Estado por la presencia de inmigrantes latinoamericanos –argentinos, por ejemplo,- que aun siendo judíos asquenazi hablan castellano –un castellano también antiguo pero ya posterior al siglo XV, que marca el estadio histórico del «ladino» en el que los sefardíes se comunican, al conservar los usos pronominales y verbales del voseo del Siglo de Oro-.

Y citamos a Argentina por la inmigración judía que recibió en los dos últimos siglos, porque el voseo se lo encuentra también en otros lugares de Iberoamérica, como algunas regiones en Venezuela y América Central, entre otras.

Si evocamos la escena de la Sala de los Embajadores de la Alhambra en que, acabando ese siglo XV, los Reyes Católicos extienden a Colón los documentos que formalizan su viaje a las Indias que son hoy nuestra América, rodeados por el entorno árabe del palacio que han recién ocupado, tenemos una sensación de destino compartido entre esos dos mundos: el que está abandonando la Península y aquél al que los pueblos de la Península dirigen sus ojos.

En cantidad de hablantes en el mundo, dejando de lado lenguas que se utilizan en un solo país, como el chino en China y el hindi y el bengalí en la India y Bangla Desh, el castellano como lengua internacional sigue al inglés, por una diferencia no muy grande y que, debe tenerse en cuenta, sería menor o se invertiría si tomáramos en cuenta la diferencia entre lengua materna y lengua oficial, que es en algunos casos la condición del inglés, mientras que esto no sucede con el castellano en América Latina, así como tampoco sucede con el árabe, que es coincidentemente lengua materna y oficial en los países que la utilizan.

Esta diferencia no es un dato menor, ya que el hablante de una lengua materna elabora su cosmovisión y concibe sus lazos con los demás, la sociedad y el mundo en los términos de ese mismo lenguaje, que es el de su intimidad y sus afectos.

Volviendo a la cantidad de hablantes, el árabe sigue al castellano en su número, y el portugués al árabe. Las dos lenguas de la península ibérica, además de ese rasgo común de ser lengua materna, superan en conjunto largamente al inglés, y casi se equiparan a la suma de hablantes de hindi y bengalí,

recordándose, además, su condición internacional, de la que carecen los idiomas hablados en el subcontinente indio.

Quiere decir que hablamos de las tres lenguas maternas de uso en varios países que cuentan con mayor número de hablantes en el planeta.

Son las habladas en esos dos mundos a que nos referíamos antes: el árabe y el iberoamericano. Esos dos mundos que se conectan y se vinculan en la historia a través de la Península Ibérica desde hace grosso modo un milenio y medio.

Sobre un fondo de lenguas, culturas y civilización indígenas, fue elaborándose –no sin dolores y pérdidas a veces irreparables, es verdad,- la identidad mestiza de América Latina. El catalizador de esa elaboración fueron las lenguas de la Península Ibérica, que a su vez cargaban en sus alforjas –término que es ya de suyo testigo de ello- recuerdos y huellas de la presencia árabe durante ocho siglos.

Con ellos venían también judíos y moriscos recientemente convertidos, muchas veces a la fuerza –que a la fuerza ahorcan, solía decir mi abuela aragonesa- y, por ende, muchas veces también, sólo de la boca para afuera. Lo prueba la ayuda que los judíos de Bahía de San Salvador prestan a los invasores holandeses durante el ataque a esta ciudad en el período en que España y Portugal se hallan unificados bajo la corona de Felipe II, según habría de dramatizar el Fénix de los Ingenios, don Félix Lope de Vega y Carpio.

Mucho más recientemente, en la segunda mitad del siglo pasado, América Latina recibió inmigración judía sefardí mucha de ella proveniente del Magreb Árabe, que se integró en la sociedad de la Nación de Repúblicas con que soñó Simón Bolívar, junto a los demás venidos de los más diversos rincones del mundo. Estos sefardís descendientes de aquellos salidos de España y Portugal, regresaban quizá a una cultura que conocían ya de siglos.

Otro caudal migratorio importante lo constituyeron sirios y libaneses –llamados turcos al portar pasaporte del Imperio Otomano-, y también ahí cabe evocar una suerte de regreso: el de la dinastía Omeya de Damasco que habrá de florecer esplendorosamente, a través de sus vástagos, en la Córdoba de España. Córdoba idéntica en nombre a la ciudad del centro de Argentina, cuna de la primera universidad del país y una de las antiguas de Sudamérica, sin pretender compararse a la venerable Al-Jarahuiyin de Fez.

Vemos pues cómo las semillas sembradas y regadas tantas veces con sangre en Al Ándalus, también nutridas de ese riego doloroso cuanto vital, han venido a brotar, florecer y portar fruto en tierras tan lejanas, desconocidas y remotas para los refinados habitantes de Medina Az Zahra y de la Alhambra.

Un hilo cultural nos une con la sutileza, suavidad, brillo y resistencia de la seda; con la gracia, la hermosura de diseño y el poder de atrapar de la telaraña; con la sabiduría y humanidad del pelo de Moahuiya, fautor del primer florecimiento árabe urbano en Damasco, quien afirmaba que, de estar unido a los demás por un cabello, si ellos tiraran, él cedería, y tiraría si ellos cedieran, manteniéndolo siempre tenso, pero sin permitir que nunca se cortara.

Yendo a cuestiones más cuantificables, aunque no más reales ya que estimo que es esa sutil unión la que puede darles base y fundamento, el mundo árabe y el mundo iberoamericano poseen recursos complementarios, tanto materiales como humanos y financieros, que, empleados en impulsar las economías y mejorar la calidad de vida de las sociedades, contribuirían al mutuo beneficio.

A la vez, los desarrollos tecnológicos alcanzados en América Latina en diversos campos podrían inducir una cooperación Sur-Sur más estrecha, con la ventaja de que los niveles de desarrollo habrán de resultar sin duda más compatibles en ambos sentidos, para su mejor aprovechamiento por la contraparte receptora. Y otro tanto puede afirmarse en sentido contrario.

El persistente conflicto árabe-israelí, por otra parte, aunque es observado con preocupación de este lado del Atlántico, no se refleja en las relaciones de convivencia que han caracterizado a las colectividades árabes y judías que integran nuestras sociedades desde hace ya más de un siglo.

Esta armonía –vástago quizá de aquella, no exenta de disonancias, que vivió Al Ándalus hasta hace medio milenio-, a la vez, constituye un antídoto ante esta pandemia de choques entre civilizaciones que responde, a mi entender, mucho más a intereses bastante poco civilizados en sus maneras, a pesar de los títulos de sus protagonistas, que a diferencias realmente fundamentales entre las diversas formas que han adoptado las culturas a través de su historia para la vida en sociedad.

Es hora, pues, que hagamos que esa bisagra viva –no mecánica, no simple artificio para abrir o cerrar- nos comunique movimientos, sentimientos, proyectos de futuro que orienten nuestro porvenir.